

echaron esa manera de concebir la perfección evangélica; inauguraron, pues, un nuevo ideal. Cuál fué este ideal es lo que va á decirnos Herder.

§ IV. — Herder.—El cristianismo humano.

I.

Semler era una bella alma, pero un escritor de testable; se necesita valor para seguirle á través de sus frases dificultosas, dédalo de palabras que á veces significan muy otra cosa de lo que quiere hacerles decir el autor. Después de haber leído ó de haberse esforzado por leer á Semler, se considera uno dichoso al pasar á Herder, teólogo, poeta, historiador, filósofo y hombre de imaginación, literato ante todo. La vaguedad poética en que se complace hace á veces tan incomprensible su pensamiento como el de Semler; no osaríamos precisar lo que cree ni formular su profesión de fe. Pero no es este nuestro objeto. Su profesión de fe, como la de todos los libres pensadores del siglo XVIII, consistía precisamente en no tenerla, y, por lo mismo, llegó á ser el representante por excelencia del liberalismo, al cual está reservada la gloria de regenerar la religión cristiana.

El cristianismo liberal se halla todavía en estado de tendencia; la expresión misma dice que es el sentimiento de la libertad lo que le inspira; nada de religión, de autoridad, nada de dogmas formulados en una confesión de fe, es el grito de guerra de los protestantes liberales. Esa es también la doctrina de Herder, si tal nombre puede darse á la falta de una doctrina. En el siglo XVII había sido el dogma objeto de un vivo debate; Leibnitz, el genio más universal del mundo moderno, pasó su vida discutiendo sobre las creencias cristianas, ya con Bossuet ó Arnauld, ya con Bayle. El siglo XVIII se asombraba de estas discusiones que le parecían ociosas: "Leemos con admiración, dice Herder, lo que el grande hombre escribió sobre la Trinidad, sobre la presencia real en el sacramento de la eucaristía, sobre la gracia, sobre el libre albedrío, sobre la eternidad de las penas; pero después de haber admirado su ingenio sutil, nos preguntamos de qué sirve y á qué conduce toda esa sutileza. ¿De qué han servido esos brillantes dueños del siglo precedente entre la fe y la razón?" Parecía á Herder, como á sus contemporáneos,

que se habían batido por quimeras; y en efecto, se había supuesto que los dogmas sobre los cuales se disputaba con tanto encarnizamiento estaban consagrados por la Escritura, cuando, estudiada á la luz de la historia y de la crítica, resulta que la Escritura ignora todas las creencias que se tenían por reveladas. Los mismos que tomaban parte en estas discusiones confesaban que se trataba de misterios, y que los misterios están fuera del alcance de la razón humana. "Confunde más todavía á la razón, dice Herder, que se haya hablado y escrito tanto sobre cosas que nadie puede comprender. Hé ahí por qué han cesado las disputas. Al cabo se ha dicho: ¿á qué discutir, por qué hemos empleado nuestro celo, gastado nuestro trabajo, nuestras vigilias, nuestro tiempo, y con frecuencia comprometido nuestro reposo?" (1).

No siempre ha sido el cristianismo un sistema de fórmulas teológicas. Antes de los concilios del siglo IV era una filosofía libre; Clemente de Alejandría y Orígenes filosofaban sobre la religión y hasta dogmatizaban; pero libremente, sin que les ocurriera condenar á los que de diferente manera pensaban. ¿Valían por esto ménos los Padres griegos? Su libertad de espíritu constituía precisamente su superioridad. Orígenes hizo por sí solo más por el cristianismo que diez mil obispos y patriarcas. Había, sin embargo, un escollo en el genio de la Grecia, y era la manía de las disputas filosóficas: los Griegos discutían por el placer de discutir. Cuando este espíritu disputador se introdujo en el cristianismo, la religión del Cristo degeneró en sofística, y para mayor desgracia, las sectas religiosas no se limitaron á discutir, quisieron dominar. De aquí divisiones en el Estado, motines, persecuciones. ¿Qué de herejías y qué de violencias no suscitó la palabra *logos*! Necesitábase la sutileza de los Helenos para interesarse en estos incomprensibles debates, y hasta era precisa su lengua, tan rica, tan variada, para expresar ideas de tal modo peculiares de los que las inventaron, que no hay términos en las demás lenguas para significarlas. ¿Habrá que preguntar qué ganó la razón, qué ganó la fe con las interminables discusiones sobre el *omoousios* y el *omoiousios*, sobre las dos naturalezas y las dos voluntades de Jesucristo? Se

(1) HERDER, *Adrastea, Leibnitz* (Saemmtliche Werke, t. XXXIV, página 8 y sig., ed. de 1853).

podría sin vacilar arrojar á las llamas cuanto se ha escrito sobre esas incomprensibles materias, sin que experimentaran el más leve daño ni la ciencia ni el cristianismo (1).

El cristianismo de Jesucristo ignora los dogmas y los misterios. Fué cuando los Griegos mezclaron su filosofía con la religión cuando todo se hizo misterio y dogma; se quiso á toda costa hallar esas doctrinas en la Escritura, hasta en los libros sagrados de los Judíos, á pesar de que eran completamente extraños á este orden de ideas; y como en ellos se buscaba lo que no se podía encontrar, era inevitable que hubiese tantas opiniones como hombres. De ahí las innumerables sectas que dividieron el cristianismo naciente. Para poner un término á estas divisiones, que amenazaban la existencia misma de la Iglesia, se convocó los concilios. Asambleas de éstas hubo que constituyen una vergüenza para el cristianismo y para la sana razón: el orgullo y la intolerancia las reunieron; la discordia, la parcialidad, la grosería y la mala fe presidieron en ellas, y en definitiva, la fuerza, el poder arbitrario del príncipe, el capricho de sus eunucos, el fraude y hasta el accidente dictaron las decisiones. ¡Y se consideraban tales decretos inspirados por el Espíritu Santo! ¡Y eso es lo que se llaman verdades reveladas que deben ligar á la humanidad hasta el fin de los siglos! (2).

Háase comparado algunos de esos sínodos con reuniones de bandidos; y todos merecen ser vituperados, porque sus decretos han encadenado al espíritu humano y le han impedido descubrir la verdad. Torrentes de sangre han corrido durante siglos para imponer los decretos de los concilios á los que se perseguía como herejes; y con frecuencia fueron torturados y condenados á muerte los hombres más virtuosos, por la sola razón de no participar de las opiniones consagradas por los concilios, opiniones que no comprendían más los perseguidores que sus víctimas; y como por una ironía de la suerte, fueron los Bárbaros quienes combatieron en pro ó en contra de la ortodoxia. Ya hemos dicho en otra parte que, gracias á las victorias de los Francos, prevaleció la ortodoxia romana sobre

el arrianismo. ¿Debemos felicitarnos de ello? Las hogueras permanentemente encendidas contra la herejía y las cruzadas contra los herejes nos dicen de qué sirvió la ortodoxia en el mundo occidental. ¿Qué decir de Constantinopla? El conde de Maistre, en su orgullo de ortodoxo, dice que el imperio de Bizancio lleva el nombre de bajo-imperio por la bajeza de las pasiones que en él reinaron; y Herder, aunque cristiano, da gracias á los Saracenos por haber puesto fin á aquel vergonzoso régimen. Destruyeron, es verdad, la religión cristiana en Asia, en África y en el imperio griego; pero ¡qué cristianismo, gran Dios, aquel que atribuía la salvación á fórmulas teológicas sobre la naturaleza y la voluntad del Cristo y olvidaba enteramente la predicación moral del Evangelio! (1).

Hay una triste verdad en el acta de acusación que Herder formula contra el cristianismo dogmático. El dogma, como tal, no es culpable de todos los excesos vituperados por el filósofo alemán; los Griegos tenían sus dogmas filosóficos y sus sectas, y no fueron intolerantes y perseguidores; en la religión más que en el genio de la raza helénica es donde hay que buscar la causa de la intolerancia cristiana. Hemos dicho y probado en el curso de estos *Estudios* que la creencia en la revelación milagrosa, la idea de Dios que se hizo hombre, fué lo que engendró la persecución (2). Ese es el dogma que hay que rechazar, primero porque es falso, después porque ha servido para legitimar la violencia y todos los abusos de la fuerza; y la misma causa produciría los mismos efectos, si la ortodoxia llegara de nuevo á cegar las inteligencias y á viciar á las almas. Demos gracias á los que han introducido la libertad en un dominio donde reinaba la opresión y una persecución odiosa. Herder ha sido uno de esos libertadores; su influencia es inmensa. Semler apenas fué leído por los teólogos de su tiempo, y hoy no es ya leído por nadie, mientras que los Alemanes se amamantan con Herder, como con Schiller y con Goethe. Estos son sus Padres de la Iglesia; y han contribuido, en efecto, á fundar una Iglesia más amplia que la de Roma, una Iglesia que abrazará á la humanidad entera, porque es la religión de la humanidad.

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 3 (Obras completas, t. XXX, p. 64).

(2) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 1 (Obras, t. XXX, p. 44).

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, XVII, 3 (Obras, t. XXX, p. 65 y siguientes).

(2) Véanse los *Estudios sobre el Cristianismo, sobre las guerras de religión y sobre la Revolución* (parte segunda).

II.

Herder dice y repite que el cristianismo es la religion de la *humanidad* (1). Esta expresion juega un gran papel en su doctrina; mas es muy vaga, y se le pueden atribuir muchas significaciones. Dejemos la palabra al escritor aleman: "Todos somos seres humanos; la humanidad es el carácter de nuestra especie, nos es innata; pero no traemos al nacer más que el germen, germen precioso que necesita ser cultivado con esmero. Tal debe ser el fin de nuestros esfuerzos. No podemos tener la pretension de ser ángeles, pues que nuestra mision es ser hombres. En el desarrollo del principio de humanidad consiste nuestra esencia divina; todos los hombres que llamamos grandes han contribuido á desarrollarlo, los filósofos con su enseñanza, los legisladores con sus leyes, los poetas con sus cantos, los artistas con sus obras, los ciudadanos con sus acciones. La humanidad es el último fin, el término ideal de nuestros esfuerzos comunes, es, en cierto modo, el arte de nuestra especie," (2).

El sentimiento de humanidad se manifiesta desde la infancia de las sociedades civiles. Al ver las guerras incesantes que desgarraban á Grecia durante la época heroica y las pasiones brutales de los héroes, diríase que no había en las almas ni piedad ni conmiseracion. La poesia, se dice, vino á revelar á los hombres sentimientos que les eran extraños; y, en realidad, se inspiraron los poetas en la naturaleza humana y en el instinto de humanidad, de ella inseparable; nos hacen sentir los males de nuestros semejantes y nos mandan oponerles remedios (3). Los legisladores y los sabios trataron de santificar este deber; y así, la religion es ya, en su cuna, un principio de humanidad; enseña á socorrer á los débiles, extiende la piedad hasta á los enemigos (4). La verdadera religion es el amor de la humanidad (5), lo cual equivale á decir que el cristianismo es por esencia la religion de la humanidad; Jesucristo, en efecto, no

(1) HERDER, *Adrastea, Leibnitz* (Obras, t. xxxiv, p. 12).

(2) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, número xxiv.

(3) HERDER, *über die Humanität Homers in der Iliade*.

(4) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, xxv.

(5) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, iv, 6.

conocía otra; la humanidad es lo que él enseña, la humanidad es lo que él practica. Se suele preguntar cuál es la esencia del cristianismo; héla ahí: la humanidad. ¿Por qué le gustaba á Jesucristo llamarse el *Hijo del Hombre*? Porque para él el nombre de *hombre* lo comprendía todo: seamos hombres y seremos cristianos (1).

¿En qué sentido es el cristianismo la religion de la humanidad? No lo es solamente en tanto que predica la caridad, es decir, la virtud de la humanidad en su más alta expresion, que es la manera vulgar de entender el cristianismo, sin que en eso esté su carácter distintivo. Tambien predica el buddhismo la caridad, con más abnegacion acaso, á lo ménos con un sacrificio más absoluto de toda individualidad, y, sin embargo, la religion del Buddha no ha pasado del Asia, no ha llegado jamas á penetrar en el Occidente, miéntras que el cristianismo tiene la ambicion de convertir el mundo. Lo que le hace apto para este glorioso destino es que no tiene nada de nacional; rechazó las trabas del mosaismo de que procedía; no es ni Judío, ni Griego, ni Romano; es la religion de los hombres como tales. Verdad es que el cristianismo se ha convertido en principio de division, de lucha, de guerra, por la oposicion de los fieles contra los infieles y de los ortodoxos contra los herejes; pero ¿cuál es la fuente de esta hostilidad? No es el Evangelio, sino más bien una desviacion del espíritu evangélico. La caridad del Cristo une: el Samaritano es su hermano, á pesar de la separacion que entre ellos establece la creencia, miéntras que la fe revelada ú ortodoxa divide á los hombres. El verdadero cristianismo no ve en el género humano más que una sola familia; cuando reine segun su verdadero espíritu, realizará la unidad humana. En este sentido es la religion de la humanidad (2).

La doctrina de Herder tiene todavía un sentido más profundo. Si dice que el cristianismo es la religion de la humanidad, si dice que toda verdadera religion debe ser religion de humanidad, es porque, á sus ojos, la esencia de la religion es el elemento humano y no lo sobrenatural. Repetidas veces hemos dicho en el curso de estos *Estudios* que el cristianismo, tal como se desarrolló en los

(1) HERDER, *über den Charakter der Menschheit*, núms. 29, 30 (Obras, t. xxx, p. 327).

(2) HERDER, *vom Geist des Christenthums* (Obras, t. xi, páginas 92, 93).

primeros siglos, era una religion del otro mundo, y que, como tal, permaneció durante la Edad Media. Cuando los primeros cristianos decian que daban á César lo que es del César, entendian que debían abandonar este mundo al César, y esperaban una segunda venida de Jesucristo, *otro mundo*. La oposicion contra el mundo presente persistió, áun despues que se cesó de creer en el próximo fin de todas las cosas: huir del mundo, encerrándose en un claustro, ó permanecer en la sociedad, pero muriendo para el mundo, al cual no le dejaba más que su cuerpo, tal fué siempre el distintivo del verdadero cristiano. Extranjero en la ciudad terrenal, su patria es la Jerusalem celeste; este mundo no es más que un lugar de tránsito (1).

Esta religion del *otro mundo* era profundamente antipática para Herder, como lo era para todo el siglo XVIII, y áun podemos añadir, como lo es todavía para el siglo XIX, á pesar de la reaccion religiosa. Lo que más repugnaba al filósofo aleman, como al espíritu moderno, era la exaltacion del celibato y de la virginidad. No se atrevía Herder á atribuir á Jesucristo la primera causa, bien que hiciera observar que Jesus vivió en el celibato y que la tradicion le daba una virgen por madre, imputándola á los Orientales, y, sobre todo, á los Egipcios, naturalmente inclinados á la contemplacion, al aislamiento y á una especie de ociosidad religiosa. Sin condenar esta tendencia de una manera absoluta, la vitupera en tanto que se hace de ella una ley irrevocable, un yugo servil ó un instrumento político. En todas partes fueron las celdas de los monjes y de las religiosas especies de prisiones, de cárceles de piedad, escuelas de barbarie, de vicio y de opresion, y con harta frecuencia horribles antros de disolucion y de infamias. En el siglo XVIII estaba el monaquismo en plena decadencia; Herder habla de él como de una institucion muerta, esperando que siglos ilustrados hicieran con él cumplida justicia (2). En efecto, la Revolucion abolió los conventos, pero la reaccion los ha resucitado: prueba de que no se debe dejar de luchar jamas contra la ignorancia que acompaña á la supersticion. Reproduzcamos, pues, los anatemas de Herder contra el espíritu monástico;

él nos dirá por qué no quiere una religion del *otro mundo*.

"Yo honro la soledad, ese asilo de la meditacion; la soledad se hace con frecuencia legisladora de las sociedades, porque convierte en principios y en útiles alimentos la experiencia y las pasiones de una vida tumultuosa; y áun siento simpatía hácia esa dulce soledad de las almas fatigadas, cuando, cansadas del yugo y de la persecucion de los hombres, encuentran en sí mismas el reposo y el cielo; mas por lo mismo se aumenta nuestro desprecio hácia ese aislamiento nacido del orgullo y del egoismo que, desdeñando la vida activa, pone el mérito en la contemplacion y la penitencia, se alimenta de fantasmas, y, léjos de extinguir las pasiones, fomenta la más vil de todas, un indomable y miserable orgullo. Desgraciadamente el cristianismo sirve de excusa y casi de justificacion á tales extravíos; simples consejos que no se dirigian sino á un pequeño número fueron considerados como leyes obligatorias para todos, como condiciones necesarias para la salvacion. No se buscó ya al Cristo sino en el desierto, é imaginóse que no debía pertenecer el cielo más que á los hombres que se desdeñaban de ser ciudadanos de la tierra, que rechazaban los dones más preciosos de la naturaleza humana, razon, talento, amistad, sentimientos sagrados de padre, de esposo, de hijo. ¡Malditas sean las apologias que ciegos intérpretes de la Escritura han hecho con tanta imprudencia y exageracion del celibato, es decir, de la vida ociosa y contemplativa! ¡Malditas las falsas impresiones que una elocuencia fanática produjo sobre la juventud, sirviendo para extraviar y pervertir la inteligencia humana durante siglos!" (1).

¡Los monjes fueron los sabios del cristianismo, y Dios sabe qué sabiduría practicaban! Era, se decía, la perfeccion cristiana; mas la perfeccion se parecía extraordinariamente á una caricatura. El espiritualismo evangélico tiene algo de grande hasta en sus excesos, y los monjes hallaron medio de convertirlo en una locura, y áun con harta frecuencia ocultaba su pretendida perfeccion una vergonzosa hipocresía: cosa inevitable cuando se abandona la realidad por un orden de cosas imaginario; el hombre que quiere hacerse un ángel no

(1) Véase el *Estudio sobre el cristianismo*.

(2) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, xvii, 1, número 6 (Obras, t. xxxi, p. 47).

(1) HERDER, *Ideen zur Geschichte der Menschheit*, xvii, 3 (Obras, t. xxxi, p. 66 y siguientes).